LOS NAIPES DEL SOLITARIO

PUEDO y sé decir que no.
Y a decir que no, me niego.
¿Poderlo y no hacerlo? Luego
soy tonto, soy tonto yo.

¿Amargar, para enfrenar,
a un hombre o a una mujer?
Más elegante es perder.
¿Y qué es perder? ¿Qué es ganar?

Quebré el par de la ironía
del saber del no sabré.
Bueno o tonto, sólo sé
que hay muy poca culpa mía.

¿Y el mal? Toro peliagudo...
Tras de unos pases de pecho,
ya, volteado y deshecho,
disimulo estar desnudo.

De aquí abajo, desengaños.
Y el cómico «eternamente».
¡Amigos, si esta corriente
se nos lleva en cincuenta años!

Qué duro diamante, Dios.
Quise asaltarlo de flanco,
pero vi un costado blanco
y una llaga. ¿Igual los dos?

Y el cuchillo de su cinto
vi darlo a nuestro veneno.

Por fin, un Guzmán el Bueno
desde el humano recinto.

Sí, sí... Diálogo al espejo.
Mas, al cabo, de esta nada
me busco la retirada
cuando me miro y me quejo.

¿Esperar? Basta un adarme.
Sólo campo descuajado.
Si miras, Señor, mi estado,
quizás ya puedas sembrarme.



RAFAEL LAFFÓN